

Sobre ciertos puntos los espíritus homogéneos se entienden, ó mejor dicho, se adivinan con una breve indicacion; las palabras en tales casos vienen á ser como un instrumento innecesario, y no solo innecesario, sino hasta de difícil manejo.

CAPÍTULO XLVIII.

De un admirable consuelo que no se halla fuera de la Religion: el Salvador paciente: la pobreza de este divino Señor es para los menesterosos la mas eficaz consolacion.

Nuestra adorable Religion tiene para eficazísimo consuelo de los atribulados un recurso admirable, que no puede presentar la humana filosofía, y por consiguiente se aventaja á ella infinito en los medios de contribuir á la felicidad del pensamiento. No es dable á la razon del hombre arbitrar un motivo de mas sublime poderío para aliviar y hasta para hacer dulces y en cierto modo divinos por su union con los del Salvador los dolores del

alma. Cuatro mil años vivió el mundo sin esta fuente de celestial consolacion, que empezó á manar para los dichosos cristianos en la cima del Gólgota antes de que los hubiera: allí nació la Iglesia de la llaga del costado de nuestro Redentor bañada en los raudales de su sangre y precedida de la tragedia de divino consuelo, es decir, de la pasion y muerte del Hombre-Dios, que se sacrificó por ella y por nosotros. Así á los que ahora vivimos há cerca de dos mil años que se preparó el magnífico espectáculo del torrente de las penas del Salvador para que viéndolo se disipasen las nuestras confundiendo con aquellas, y se hicieran codiciables los padecimientos, que en su persona inocentísima habia como deificado el todopoderoso Reparador de nuestro linaje. Desde entonces tienen para sus discípulos distinta faz las cruces, y las aman las privilegiadas almas en cuyo corazon vive reinando Jesucristo paciente; y las que no llegan por su tibieza á esa envidiable amistad con los trabajos, al ménos se avergüenzan de no quererlos y los reciben con dulcificadora resignacion, sacando de ellos fruto de vida para la eternidad.

Estos manantiales de inefable consuelo son una riqueza exclusivamente propia de los hijos de la verdadera Iglesia católica, y se hallan como esparcidos en particular en los libros que tratan de la pasión del que para redimirnos tomó sobre sí todos nuestros dolores; entre ellos señalaré uno de fervorosa piedad y penetrante unción escrito en francés por un autor que no descubrió su nombre y traducido á varias lenguas, que se intitula: *El alma al pié del Calvario*, y en el cual se sacan de la pasión y de las llagas del Rey del cielo suavísimos consuelos para las diversas clases de tribulaciones que afligen á los hijos de Adán.

En los siguientes sonetos se expresan algunas ideas adecuadas al asunto que ahora me ocupa, los cuales pueden servir de rápida amplificación á tan interesante materia.

No soy tuyo, Señor, no soy cristiano
Si no llevo tu cruz al hombro puesta,
Pues tu labio divino manifiesta
Que serás solo así mi soberano.
¿Y quién, Señor, de tu amorosa mano
Ávido á recibirla no se apresta,
Pues te agobia al subir la fatal cuesta

Su peso ¡ay! solo para tí inhumano?
Tú con besos de amor la cruz sellabas,
Regándola con sangre de tus venas,
Y con doliente abrazo la estrechabas.
Á mí heredero de tu cruz me hacías....
¿Son tu adorable cruz las propias penas!
¿Y no he de amar y bendecir las mias?

Si el fuego de tu enojo en mí derramas,
No es, ó Jesus, porque de mí te alejas,
Que al alma que atribulas tú no dejas,
Pues sueles afligir á quien mas amas.
Si son tus golpes de tu amor las llamas,
¿Por qué, Señor, yo me deshago en quejas,
Y arqueo ¡ay triste! las nubladas cejas
Al silbido de amor con que me llamas?
¡Ay qué fuera de mí si en popa el viento
Siempre mi navecilla en dulce calma
Volára por los mares del contento!....
¿Y podría coger la eterna palma
Sin ir por el camino del tormento
Por donde fuiste, Salvador del alma?....

¡Ay! ¿Por qué tanto meditar mis males?
¿Qué alivio, qué solaz y qué provecho
En condensar sobre mi triste pecho
Melancólicas sombras sepulcrales?

¿O Jesus, á tus plantas divinales
Por qué á pedirte auxilio no me echo,
Y en penitentes lágrimas deshecho
Por mis culpas te ofrezco mis dogales?
¿Por qué en union de lo que tú padeces
Mis angustiosas penas no te ofrezco
¡Ay! en vez de exhalar vano suspiro?
Si en penar por modelo te me ofreces,
¿Por qué yo en tus dolores no me miro?
¿Por qué en tu corazon no me guarezco?

¿Á qué, ó Jesus, me vuelves el contento,
Pues el reposo vanidad inspira,
Y en medio del deleite se delira
Mas que en el compungido sufrimiento?
Cuando me circunvalas de tormento
Y rompe en rayos la nube de tu ira,
Mi espíritu mas junto á sí te mira,
Dando al doliente corazon aliento.
¿Quién á mundanos gustos me aficiona,
Si tu vida fué rio de amargura
Y espinas fueron á tu sien corona?
Si hiel tu labio hasta morir apura,
Y el alma mia de tu amor blasona
¿Cómo prueba la copa de dulzura?

Vuélvete á Dios y su piedad implora;
Abrázate á un sangriento crucifijo;
Sobre sus llagas ten tu labio fijo,
Y desahogando el pecho, llora, llora.
En el suyo riquezas atesora
De inefable consuelo y regocijo;
Cuéntale triste tu dolor prolijo,
Tu suerte lamentable allí deplora.
Si tus ojos derraman largo rio
De lágrimas amargas, sus heridas
De su sangre por tí vierten raudales.
¡Víctima fué de desamor impío!
¡Dulces llegan á ser penas unidas!
¡Serán las tuyas bálsamo á tus males!...

Muy estériles son los consuelos que la filosofía destituida de las luces de la Religión puede ofrecer al afligido pensamiento del pobre. Además, la clase menesterosa de la sociedad, con muy raras excepciones, ni se ocupa en filosofar, ni escucha los consejos de los filósofos si llegan á dirigirle palabras consolatorias. Solo la voz del Crucificado, solo su imagen ensangrentada y desnuda, pendiente del patíbulo de muerte, habla con eficacia á los corazones abismados en amargura por el hambre y por la desnudez. Y en prueba de

que la razon humana carece de argumentos para consolar al desvalido, al huérfano y al mendigo, véase si en ella se encuentran los siguientes consuelos, que halla en la religion del Dios crucificado el pobre que así se expresa.

De su virtuoso pecho
Arrancando suspiros,
Así una vez decia
Un pobre desvalido:
¡Ay por qué rudas quejas
Exhalo yo, Dios miol
¿Con tu divina gracia
No soy bastante rico?
¿No lo soy con la sangre
Que para mí has vertido?
¿No lo soy con la gloria
De inmortal regocijo,
Que en la futura vida
Prometes á tus hijos?
Estos, estos son bienes
De valor infinito;
No los que con su ausencia
Tiénneme dolorido.
Tú á mí nada me debes.
¿Y por qué solicito
Que mundanas riquezas

Me dés, y lloro y gimo
Porque á tierra de espinas
Sin tesoro he venido?
Locura apetecerlo
Cuando al sepulcro umbrío,
Aunque monarca fuera,
Pobre cual he nacido
Miserio bajaria.
¿Pues para qué suspiro
Noche y dia llorando
Por bienes tan mezquinos?
Y si nada me debes;
¿Con qué derecho pido?
¿Y no es mejor el cielo,
Que en tu palabra fio
Alcanzaré glorioso,
Pues entre penas vivo?
¿No es mejor la pobreza
Que el fuego del abismo,
Que con mis culpas graves
Tengo yo merecido?
¿Tú, Señor, qué escogiste,
Ó modelo divino,
Cuando para salvarme
Hombre el amor te hizo,
Tesoros ó pobreza?
Te adoro en Belen niño,
Y sobre paja y heno

Te adoro pobrecito,
Y mi amorosa frente
Ante un pesebre inclino;
Te adoro siempre pobre,
Ya huyendo para Egipto,
Ya en el taller sudando,
Ó ya vertiendo el rio
De tu doctrina excelsa
Por villas y caminos,
Ya en el madero santo,
Do te clavó el delito
Del humano linaje;
Do quiera pobrecillo
Te descubren mis ojos;
Y libremente elijo
Para mí tu pobreza,
Ó generoso Amigo
De los pobres hambrientos,
Y tu pobreza hechizo
Es para el alma mia.....
¡Mi desnudez bendigo!.....

CAPÍTULO XLIX.

La esperanza.

Hay algunas ideas de consuelo, pertenecientes en algun modo á la filosofía natural por ser hijas de la razon, pero que sin embargo valen muy poco si nuestra bienhechora Religion no viene en su auxilio, elevándolas y engrandeciéndolas con sus luces celestiales. Tal es entre otras la idea tan dulce para los que viven bajo el dominio de la tribulacion de que pasa y se acaba esta vida de dolores. ¿Pero qué importa que pase y que se acabe si en su término se halla la formidable muerte, aterrando con su guadaña destructora, y el sepulcro espera con su pavoroso silencio, sus devorantes gusanos y sus tétricos horrores? Hé aquí cómo sin la esperanza del cielo, que solo es propia de la Religion, lejos de consolar verdaderamente, intimida y estremece el término de la vida. Para que consuele es preciso que mas allá de la tumba brille á nuestros ojos una gloria inmortal é inmensa. La esperanza del cielo es la única que nos